

ADMINISTRACION, CALLE 18 DE JULIO N° 57

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTIFICO-LITERARIO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE SU NOMBRE

EDITOR Y ADMINISTRADOR

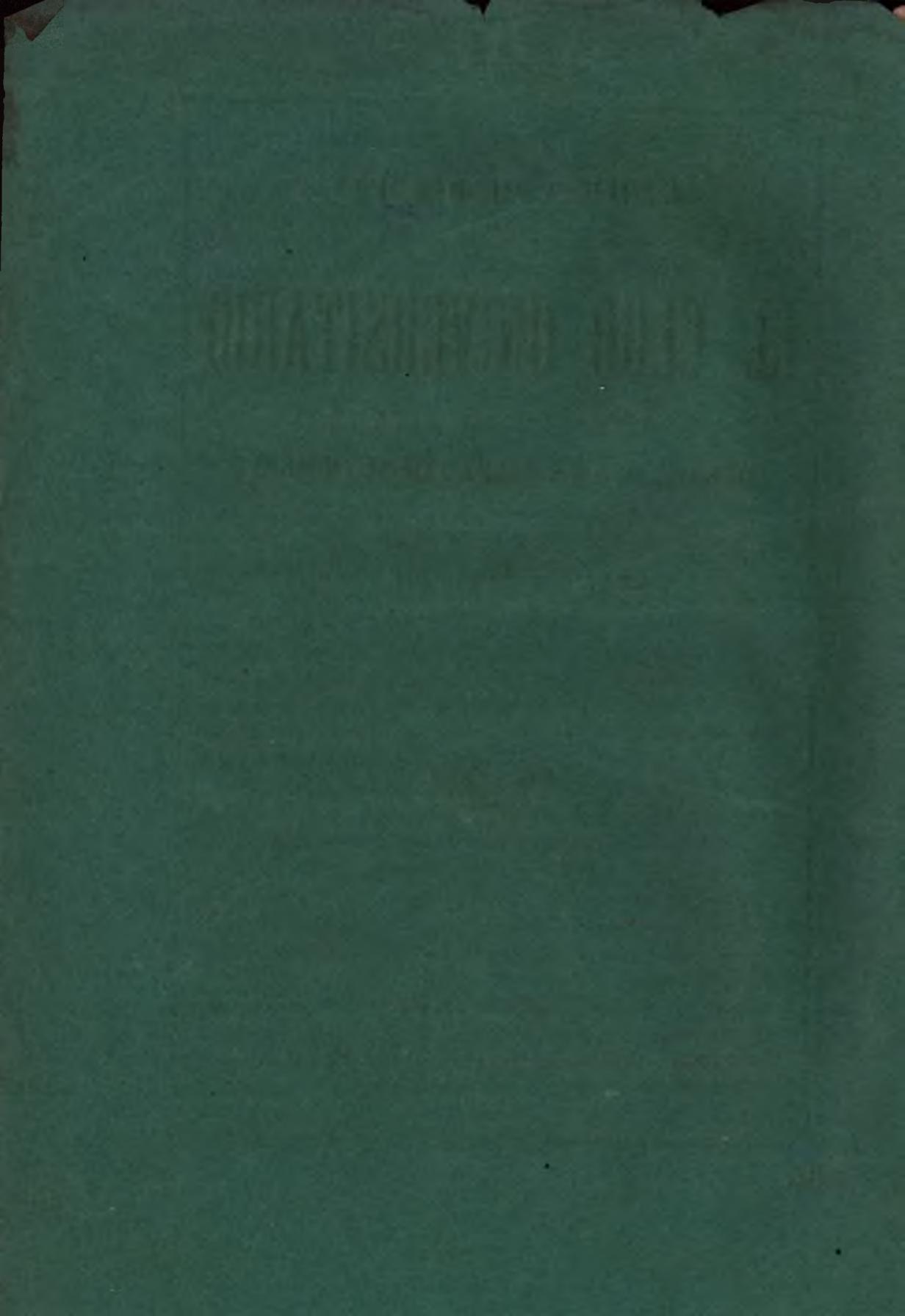
MIGUEL ISABELINO MENDEZ



MONTEVIDEO

IMPRESA Á VAPOR DE EL SIGLO, CALLE 25 DE MAYO, 46

1872



EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

MIGUEL ISABELINO MENDEZ

EDITOR Y ADMINISTRADOR

SUMARIO DEL NÚM. 35

EL INSTITUTO DE INSTRUCCION PÚBLICA, (véase el núm. 33) por F. A. B.—OPÚSCULO SOBRE EL ESTADO DE LA HUMANIDAD Á LA VENIDA DEL CRISTIANISMO; *tesis leída y discutida en el "Club Universitario*, por Enrique Azarola—LA CAJA DE PLATA, *cuento fantástico*, por A. Dumas (hijo), traducido literalmente del francés para la señorita V.... E.... (conclusion)—SECCION POÉTICA: *Fragmentos*, por Teófilo Martínez—CASCABELES.

El Instituto de Instrucción Pública

(VÉASE EL NÚMERO 33)

Si, pues, el hombre no puede enajenar el derecho de educarse y de educar á su familia, con estricto arreglo á lo que individualmente cree lo mejor, y si en razon de esta inalienabilidad *natural* carece el Estado del deber, y aun de la facultad delegada de educar, de propagar ideas, de inculcar sentimientos, de crear hábitos; con mas razon carece del « forzoso deber *de apoderarse* de los sentimientos, de las ideas, de los instintos y aun de las impresiones del hombre desde que nace. »

Esta doctrina profesada por un Gobierno que se jacta de republicano, de demócrata, es una verdadera monstruosidad política, de que se avergonzarian los mismos déspotas del Asia.

¡Qué! ¿acaso es el pueblo una cosa, á la que el Gobierno puede dar la forma que quiera?

Los tiranos mas desenfrenados no se atreverian á promulgar una doctrina tan retrógrada, tan negatoria de los derechos del hombre, tan corruptora de los sentimientos puros del ciudadano.

¿Qué importa declarar que el Gobierno tiene *exclusivamente* la facultad de educar?

Negarle terminantemente esa facultad al cuerpo todo del Estado, del

Estado de quien recibe su poder, y cuyos mandatos tiene la obligacion de cumplir, quiera ó no quiera.

Importa proclamarse único árbitro de la naturaleza de la asociacion política, de la civilizacion de un pueblo ; inculcar las ideas que le convengan, los sentimientos que mejor favorezcan sus designios ; mantener la ignorancia y embrutecimiento de las masas, como ha sucedido en efecto, y preparar paulatinamente el triunfo del ideal de los Francia, los Rosas y los Lopez.

Todo eso importa el preámbulo de la ley de 1847.

¿Y qué otra cosa es el preámbulo, sino el principio, el torpe fundamento de una ley brutal?

Es así que el art. primero crea un Instituto de Instruccion Pública, cuyas atribuciones son, entre otras :

« 1.º Difundir, uniformar, sistemar y metodizar la educacion pública, y con especialidad la primaria ;

« 2.º Autorizar ó negar la apertura, ó continuacion de todo establecimiento de educacion ;

« 3.º Reglamentar las condiciones de su existencia ;

« 4.º Examinar las obras ó doctrinas que sirvan de tema al estudio de las ciencias morales ;

« 5.º Inspeccionar el orden económico de los citados establecimientos, y corregir los abusos ;

« 6.º Vigilar cuidadosamente la observancia del mas perfecto acuerdo entre la enseñanza y las creencias políticas y religiosas que sirven de base á la organizacion social de la República. »

No hay por qué decir que estas consecuencias son dignas de aquellas premisas.

Mentira parece que esto se promulgue y rija en un pais en donde se entonan himnos á la libertad.

Pero, el pensamiento contenido en esos seis incisos, que bastan para el proceso de un Estado requiere que nos dediquemos á un estudio especial de cada uno de ellos, aunque con toda la brevedad que nos impone el periódico para que escribimos.

« Difundir, uniformar, sistemar, y metodizar *la educacion pública* », dice el primer inciso.

¿Qué entiende la ley por educacion pública? Está claramente de-

finida en los artículos 2.º y 3.º, — cap. 1.º de las *Adiciones* á la Constitución provisoria del Instituto, que dicen :

« Art. 2.º — Ninguna escuela privada puede recibir mas de *ocho alumnos*.

« Art. 3.º — Toda escuela que escudiese este número, será considerada por el hecho como pública, y quedará sujeta á las obligaciones impuestas por el Reglamento á las de esta clase »

Es decir, que la educacion que se dá en las escuelas que cuentan con mas de *ocho alumnos*, (que son todas las del pais, sin escepcion), es educacion pública, segun la ley. Esto vale decir: — No hay educacion privada.

Ahora bien: difundir esclusivamente por el Instituto la educacion que se dá en las escuelas costeadas ya por las Juntas departamentales, ya por los ciudadanos particularmente; uniformar esa educacion, sistematizarla, metodizarla, es decir á la soberania nacional — « Cuidad de no entrometeros en lo que atañe á la instruccion; de no educar mas de ocho niños, de no abrir ninguna escuela, porque todo eso no os corresponde; invadis mi esfera, me usurpais una prerogativa que á mí y solo á mí pertenece. ¿ Quereis que vuestros hijos concurren á un establecimiento? Bien está, pero nuestra libertad no pasa de ahí; id hasta la puerta, de allí para dentro mando yo, y teneis que conformaros por grado ó por fuerza con mis sistemas y con mis métodos. Allí enseño lo que me place, lo que conviene á la marcha de mi gobierno y á la direccion de mis intereses. ¿ Os educo en las rancias ideas de la monarquia? ¿ Derramo en vuestras almas el gérmen de la degradacion y de la miseria? ¿ Facilito la perpetuidad de mis arbitrariedades, de mis escándalos y de mi despotismo? ¿ Os hago un pueblo envilecido? Nada de eso os importa, y si os importa, sufrid. Conspirais contra mi sistema y mis métodos? ¿ Sobornais los maestros? ¿ Conseguis que se aparten de mis nuevas instrucciones? Burlo vuestros esfuerzos, por que cierro las escuelas y anonado á los maestros. ¿ Qué os queda? Someteros á la degradacion que recibis con la educacion que os doy, ó condenaros á la ignorancia crasa, que es degradacion mayor. Ir á mis escuelas ó no ir, he aquí vuestra ineludible alternativa. »

Esta es la traduccion fiel del primer inciso de la ley: traduccion que el Gobierno no ha querido confiar á la interpretacion del pueblo, y que

para prevenir errores, ha puesto el inciso segundo, por el cual el Instituto puede y *debe* autorizar ó negar la apertura ó continuacion *de todo establecimiento de educacion*. (No hay escepciones.)

El inciso tercero, que se refiere á la reglamentacion de las condiciones indispensables á la existencia de las escuelas, es un corolario de los dos que le preceden. Está claro : pues que el Instituto es el que uniforma, sistema y metodiza la enseñanza, nadie mas que él puede reglamentarla, porque el método y sistema oficiales, han de ser precisamente el conjunto de esas reglas.

Pero . . . ¿y el espíritu de esas reglas? ¿En dónde está su forma, su fundamento, sus límites?

Ah, eso, no puede estar ni aun en la ley ; no puede ser obra del legislador, ni aun del poder Ejecutivo ; es apenas una de las prerogativas del Instituto. Es verdad que el Poder Ejecutivo nada tiene que temerle, por que como nadie puede ser miembro de aquella corporacion sin que se pronuncie la aprobacion prévia del Ministerio respectivo, mucho cuidado tendrá este de que no se le retribuya con ingratitud.

Nada mas grave que el inciso cuarto y el sexto que se refieren á las doctrinas morales, políticas y religiosas.

Examinar las primeras y vigilar que las dos últimas se acuerden con ciertos principios dados, es imponer al pueblo las ideas del Gobierno, y negarle el derecho de emitir las suyas.

En efecto, el exámen de las doctrinas morales, á que se refiere el inciso 4.º, es establecer principios dogmáticos; que se imponen como todo dogma, que entraña la idea de la infalibilidad del que lo impone y la falibilidad de aquellos á quienes se impone.

Encarada así la preteusion del Gobierno, presenta dos faces á cual mas absurdas.

La primera es que, por el hecho de prohibir que se inculquen otros principios morales que los que entran en la esfera de sus ideas, se arroga el carácter divino de los pontífices cuya série inicia el buen Pio IX, considerando á los demas, es decir, al Estado, un conjunto de seres inferiores, así, poco mas ó menos como son considerados los parias en la India.

En la sociedad no hay sabiduria, no hay sentimiento, no hay inteligencia ; esa sabiduria, esos sentimientos, esa inteligencia, residen esclusivamente en los pocos individuos del Gobierno, que por lo comun salen

de lo mas insignificante de las muchedumbres, pero que sufren, al subir al poder, la transformacion mistica y milagrosa de los gefes futuros de la Iglesia.

¿No es esto soberanamente ridiculo?

La segunda faz se nos presenta, ni mas ni menos, como una perfecta subversion de roles.

El Gobierno es un simple mandatario de la sociedad politica, una corporacion que tiene obligaciones respecto del cuerpo soberano, entre las cuales es la primera el cumplimiento fiel de sus disposiciones supremas, de su suprema voluntad.

El Gobierno reconoce esta relacion de dependencia, la invoca á cada instante para dar fuerza á su autoridad, pero sin embargo, no tiene por inconveniente el invertir las situaciones; el pueblo manda y el Gobierno obedece, es verdad, pero ¿por qué el Gobierno no ha de tener el derecho de decir alguna vez, ya que nó mas, que el pueblo no sabe mandarle, que no sabe qué le conviene mandar, y que él se toma la facultad de instruirlo en todo lo que ha de pensar para pensar bien, y en todo lo que ha de querer para querer como debe querer un pueblo que quiere mandar, disponer, deliberar?

Esto es un verdadero atentado contra la soberania del Estado, una usurpacion de aquellas que se pagan con arreglo á la ley moralizadora de las revoluciones armadas.

Pero hay algo mas grave que la ridiculez de la infalibilidad de los hombres del Gobierno y que la usurpacion del primero de los atributos de la soberania; ese *algo* es la negacion de la personalidad humana que envuelve la estravagancia oficial.

El hombre es, por su naturaleza, quiere decir, por voluntad divina, inteligente y libre y por consiguiente, responsable de los medios que emplee en la consecucion de su fin, determinado tambien por Dios.

Ese fin, aunque comun á toda la humanidad, es la mision individual de cada hombre; y la responsabilidad es tambien, como la mision, individual y personalísima.

Y como es un contrasentido que el hombre anule sus facultades, destruya su libertad, y empeñe su responsabilidad confiando á otros el encargo de cumplir el deber que á él personalmente le está impuesto por el designio supremo, se deduce que es inmoral en alto grado toda tenta-

tiva del hombre con el objeto de emanciparse ó de delegar el cumplimiento de una ley que lo obliga de un modo absolutamente personal.

Así, pues, no puede confiar á nadie la facultad de determinar esta ó aquella doctrina, para seguirla ó inculcarla en las personas que están á su cuidado por el órden natural.

El hombre no puede ni debe aceptar como verdadero y bueno, lo que así no se presenta claramente á su inteligencia, y es un principio inconcuso que solo salva su responsabilidad, cuando obra segun sus propias ideas, segun sus propios juicios.

Y siendo esto así, como lo es seguramente, ¿cómo explicar la legitimidad de la doctrina gubernativa?

¿Cómo puede un padre de familia aceptar para sus hijos una moral que cree falsa, que condena con toda la energía de una conciencia herida?

¿Cómo puede un profesor, un maestro de escuela, propagar nociones que cree atentatorias de las leyes que rigen el mundo moral? ¿Cómo puede imponérsele el suplicio horrible de obrar con la creencia de que obrando pervierte los corazones de la niñez?

Todas las atrocidades de la inquisicion no superan en crueldad á la atrocidad de la ley de creacion del Instituto.

(Continuará).

F. A. B.

Opúsculo sobre el estado de la humanidad

Á LA VENIDA DEL CRISTIANISMO

TESIS LEIDA Y DISCUTIDA EN EL CLUB UNIVERSITARIO

A MI MAESTRO DE HISTORIA

DON LUIS D. DESTEFFANIS

Como un débil tributo de la amistad que le profesa su discípulo

ENRIQUE AZAROLA

Señores :

Cuando por vez primera ocupé la tribuna del Club Universitario, esperaba que me perdonarais cualesquiera falta que en mi trabajo se deslizara; hoy vuelvo á molestar vuestra atencion benévola confiando siempre en la indulgencia que os caracteriza.

Los importantes debates religiosos que han tenido lugar en el Club, me han animado á escribir esta pobre tesis, que si carece de todo mérito se relaciona sin embargo con las cuestiones de actualidad.

Voy á considerar el estado moral y material del mundo antiguo á la venida del cristianismo, y ver si este grabó con su doctrina los males que aquejaban á la humanidad, ó si por el contrario la lanzó en el camino difícil pero sublime de la virtud.

La historia cuenta que las ideas evangélicas empezaron á predicarse despues de la caída de la república romana y cuando esta se habia apoderado por medio de las armas de casi todo el orbe entonces conocido.

La república caía sepultada bajo el peso de sus propios vicios, el senado antes magestuoso se habia corrompido, aquel ejército que conquistara tantos y tan dilatados países no se componia ya de aquellas legiones, que solo combatian por la patria, sino que eran mas bien instrumentos ciegos de los tiranos que ocupaban el trono; aquel pueblo sencillo y puro que rechazó á Anibal y conquistó á Cartago habia desaparecido en los campos de batalla y reemplazado por *libertos* que traian á la vida libre todas las abyecciones aprendidas en la servidumbre; aquellos dioses que las multitudes veneraron un dia eran despreciados, la poesia se degradaba cantando al despotismo, y la filosofia cedia su lugar á un aterrador escepticismo.

El férreo brazo de los Césares tenia á los pueblos encadenados pesando sobre ellos la mas espantosa tiranía, tiranía que favorecia la corrupcion de las gentes que se revolcaban delirantes en el fango de las pasiones mas impuras.

Los circos se poblaban de espectadores cuando se anunciaba una *fiesta* en que iban á perecer mil hombres, y la matrona romana, tipo de virtud durante las primitivas épocas, bajaba á la *ergástula* para recibir con sus esclavos nuevas sensaciones; esa matrona que no salia del hogar sino para asistir á los funerales en honor de los héroes republicanos, se paseaba por la puerta Cappena rodeada de siervas africanas.

Desde Augusto que aparentó tener deseos de extirpar la inmoralidad, cuando él era quien la protegia con su despotismo, empezó á notarse una depravacion horrible en todas las clase de la sociedad.

El pueblo y el ejército aplaudian y llegaban á declarar dioses á los mas abominables déspotas, siempre que les dieran ellos circos, oro y pan

Una vez que esto concluía el emperador era apuñaleado y otro, no menos arbitrario ocupaba su lugar, si de antemano comprendía el pueblo que no le faltaría circo, oro y pan.

Por eso la plebe se disgustaba con la muerte de Neron, Caligula y Tiberio, porque estos reyes eran los que mas pródigos habían sido para con ella.

El pueblo, dice perfectamente un distinguido escritor español, el pueblo siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tenga yo dinero y tú mata, tenga yo trigo y tú confisca, tenga yo espectáculos y tú harás cuanto te agrade. — De modo que entre el pueblo y el mal príncipe, había siempre una tácita convención mediante la cual él daba el alimento y el pueblo los aplausos....

Cuando los tiranos salían de sus encantadores palacios y oían las saluciones y los agradecimientos del pueblo, imaginábase que todo el imperio se hallaba en el mas floreciente estado y tenían las compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada, por indicios de la pública felicidad.

Hacíase, continúa el publicista castellano, una carnicería de las gentes acomodadas? Pan al pueblo aun que todos los ricos se maten.

Subía un emperador á la escena ó descendía á la arena de los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediante ó citarista.

Volvia el príncipe de la guerra sin haber visto siquiera al enemigo ó despues de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo y el cobarde Emperador quedaba hecho padre de la patria y entraba victorioso en Roma en medio de grandes aclamaciones.

Moria una cortesana esposa del Emperador y muger de todos los hombres? Pan y dinero al pueblo y la casta consorte, del tálamo nupcial era hecha diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba y sus estatuas eran coronadas de flores. Los Emperadores señores, hacían que el pueblo se corrompiera y el pueblo favorecía la corrupción de sus mandatarios.

Pero no era solamente la abyecta plebe la que alababa á los bárbaros monstruos que ocupaban el trono imperial; las mismas saluciones recibían de los filósofos y hombres de ciencia. Así Valerio Máximo dedica su obra á Tiberio, y Séneca, que escribía moral y blasonaba de virtuoso, aconsejaba á Neron que asesinase á Agripina.

Nunca la sociedad estuvo agobiada bajo el peso de tantos y tan horribles males. ¿Qué era lo que contribuía á pervertir á la humanidad de esa manera? Lo dice muy bien el historiador Lafuente; la religion y el culto, la organizacion politica, el gobierno, las leyes, todo contribuía á fomentar la corrupcion moral é intelectual del pueblo romano.

Es necesario, señores, no olvidar que cuando me refiero á Roma hablo del mundo entero.

No pudiendo alcanzar los hombres del orbe antiguo una idea bien determinada y clara de la divinidad (1), vinieron á caer, necesaria y lógicamente, en un paganismo degradante. Los dioses forjados fueron en las primeras épocas respetados, pero cambi6se despues la veneracion en un desprecio absoluto.

Ni como podian respetarse cuando en Babilonia en el templo de Venus, públicamente se prostituian las mujeres; en los de Grecia se corrompian del mismo modo, y las virgenes romanas seguian igual camino cuando desde niñas traian colgados en el cuello los repugnantes priapos y veían bailar en edad temprana las danzas impúdicas de Flora y representar en los teatros los amores lascivos de Pasifae.

Si debido á la religion se perdia la sociedad, no es estraño que ciertos filósofos se mofaran con razon de ella, si bien es sensible que no cooperasen de una manera notable para desarraigar del pueblo todos los males que lo conducian al abismo.

La organizacion del Imperio contribuía tambien á que las costumbres se pervirtieran. ¿Cómo podia ser moral el pueblo cuando sus gobernantes eran todos corrompidos. ¿Cómo podia ser moral el pueblo cuando sus mandatarios no se sujetaban á las leyes, que aunque bárbaras eran las únicas capaces de morigerar las pasiones desenfrenadas de los hombres? Cómo podia formarse la familia, cuando el emperador pasaba su vida en adulterio? Por otra parte, si en la capital del mundo se presenciaba esa relajacion de los vínculos sociales, ¿cómo estarian estos en las provincias, víctimas expiatorias de publicanos y pretores, que en vez de ir á ellas para plantear alguna reforma saludable no atendian mas que á saciar su sed de oro y latrocinio?

Nunca, dice un escritor notable, se habia estendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de

(1) Exceptuando al pueblo hebreo.

la humanidad y nunca se vieron tantas miserias, egoismo mas universal y tan absoluto olvido de los lazos que unen á la sociedad.

Una de las principales causas que mas influyeron en la depravacion de las costumbres, fué sin duda la prostitucion del matrimonio, hubo necesidad de establecer leyes fuertísimas para castigar á los célibes; un historiador asegura que cierto padre de la iglesia que vivia en Roma garantia haber visto conducir á la última morada un hombre que habia poseido veinte y una *esposas*, la cual á su vez habia tenido veinte y dos *maridos*.

¿Pero qué nobles sentimientos podian abrigar los pueblos que impasibles contemplaban la destruccion de diez mil gladiadores en las arenas del circo?

En cuanto á ese corruptor de las sociedades llamado el lujo, hace notar Cantú que Roma superaba á los buenos tiempos de la afeminada Asia: oro, marfil, ébano, todo abundaba en los palacios de los nobles—cuyos pisos estaban cubiertos de babilónicas alfombras y mientras que estos derrochaban en un banquete al que solo asistieron doce convidados, seis millones de sextercios, los plebeyos se morian de hambre en los umbrales de sus suntuosas mansiones, teniendo que habitar inmundos barrios á las márgenes del Tiber.

Lo mas extraño es que estos pueblos que corrompian el hogar y asesinaban la libertad no se componian de masas estúpidas é ignorantes: para convencerse de ello basta saber que las obras de los grandes maestros corrian de mano en mano y no era original que los jóvenes hicieran sus viajes á Atenas para estudiar moral.

En medio de tanta depravacion y vergüenza, cuando se habian olvidado en el mundo las pocas máximas morales que en un tiempo se practicaron, aparecieron dos escuelas filosóficas que á nada conducian desgraciadamente.

La escuela estóica y la epicurea.

La conciencia escarnecida y ultrajada, buscó un triste asilo á fin de poder librarse de la corrupcion que amenazaba aniquilarla en un lapso de tiempo mas ó menos lejano.

Los hombres de sentimientos rectos se hicieron estóicos, creyeron que por el estoicismo la sociedad se regeneraria. Pero, señores, ¿á qué conducia el estoicismo?

Contesto con un publicista moderno: al desprecio de la vida, al suicidio.

Y así Séneca aconsejaba que cuando no se pudiese hacer soportable la vida, no habia inconveniente en matarse.

Por otra parte, los estoicos en los tiempos de Marco Aurelio, no eran ya tan rígidos, ni tenian el carácter tan severo, como los primeros representantes de ese sistema, puesto que un dia se vió á uno de sus mas afamados maestros presentar al pueblo en el circo un leon *enseñado* á devorar criaturas humanas.

Y esto lo hacia todo un estoico, señores!

Fácil seria, dice un filósofo moderno, demostrar cuánta debilidad existe en la doctrina estoica. Segun ellos, lo que no es corporal no es nada. Nuestra alma es un cuerpo pensante. Disuélvese como los otros cuerpos despues de haber subsistido al mucho mas tiempo. En las doctrinas estoicas se encuentra, es cierto, Dios, la razon y el alma humana; pero este Dios es la sávia vital derramada por todo el mundo, la razon no es mas que la actividad libre del hombre, aplicada á la sensacion y nuestra alma no es mas que un cuerpo mas perfecto.

De los epicureos no hablemos: la virtud, para ellos, no consistia en otra cosa que en gozar; no es extraño, pues, que esta escuela tuviera muchos mas adictos que la otra, si se considera que las ideas que profesaba estaban de perfecto acuerdo con las que el mundo antiguo proclamaba.

Aquel estado, dice el historiador Lafuente, era insoportable; habia necesidad de creer y nadie creia; habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El Politeismo habia recorrido todas sus faces y se encontraba desacreditado, se recurría á las escuelas filosóficas y las unas desmoralizaban mas y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? De adónde habia de venir? Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

Si, señores, de un apartado rincon de Galilea habia de salir la doctrina que la humanidad necesitaba para purificarse, doctrina que proclamando la justicia, la caridad y la fraternidad enseñó al hombre el camino que conduce al eden donde se goza una felicidad eterna, no la felicidad mate-

rial del epicureo sino ese placer santo y puro que debió Dios sentir al contemplar sus obras.

Vino, pues, el Cristianismo y el mundo oyó por primera vez «no hay mas que un Dios verdadero—(1) Habian pasado cuatro mil años sin que nadie hubiera dicho á los hombres: todos sois hermanos, haced bien á vuestros mismos enemigos, hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: todos los hombres son iguales ante Dios y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: todos los hombres son libres y los elevó hasta igualarlos con los emperadores en la presencia de Dios. A los epicureos: los goces materiales no hacen la felicidad de los hombres, porque hay en él algo mas elevado que la materia y el cuerpo. A los estoicos: no os suicideis, porque el disponer de vuestra vida solo le toca á Dios, que os la ha dado y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: bienaventurados los humildes y los consoló. Y á los ricos: la mayor de las virtudes es la caridad.

Los génios mas profundos habian sido impotentes para contener la desmoralizacion universal y Cristo lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio y haciendo á la mujer compañera del hombre, emancipó de ese modo la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Platon, de Sócrates ni de Zenon. Pero esto no es todo, señores, hay dos máximas por Jesus enseñadas y no puedo comprender cómo se han escapado á la escudriñadora vista de Lafuente. La primera es aquella que el Nazareno les dijo á los discípulos del Bautista cuando fueron á pedirle declarase si él era el Mesias prometido. Id y haced saber á Juan que ese tiempo ha ya llegado, los enfermos son curados, los pobres son evangelizados; oid señores, los pobres son evangelizados, es decir, aquellas perdidas y abyectas muchedumbres son sacadas del mal camino para ser regeneradas con el bautismo santo de su palabra.

La segunda que sin duda alguna salvó al cristianismo de ser acusado mas tarde de enemigo del progreso indefinido, fué cuando pronunció aquellas palabras: sed perfectos como vuestro padre es perfecto, con lo que quiso decir: sed santos como Dios, buenos como Dios, justicieros como Dios.

(1) Lafuente—Historia de España part. 1.^a, libro 3.^o.

A no dudarlos, señores, los tiempos anunciados habian llegado. Como religion, el cristianismo era infinitamente superior á todas las religiones conocidas y como filosofia superaba á todos los sistemas.

En cuanto las ideas cristianas empezaron á cundir entre el pueblo, se notó en los que las abrazaban, una señalada tendencia á regenerarse abandonando sus antiguos vicios. Profundo contraste se notaba en la vida pública y privada de los discipulos de Jesus, con la que llevaban los idólatras paganos.

Aquellos, amparando al pobre, consolando al aflijido y al esclavo; estos, encenagados en la vil prostitucion, sin pensar en obra alguna digna de aplauso, no tenian otra ocupacion si se exceptua la de asistir á las fiestas del circo para ver perecer á miles de sus semejantes, contemplando con risa criminal al infeliz que habia caido herido en el combate; los cristianos aconsejando la abstinencia, los idólatras pasando su vida en una continua bacanal; los cristianos poniendo un freno á los apetitos del cuerpo, los paganos llevando perfumes á la tumba de Diocles, conocido por su lascividad; los mandarines idólatras dilapidando en opiparos banquetes el dinero que el pueblo pagaba en las contribuciones, los cristianos habitando en oscuras catacumbas y recojiendo los párvulos que las matronas arrojaban en las vias públicas.

Qué diferencia de costumbres, señores, qué diferencia del hombre mas ilustrado del mundo— Antiguo que á la hora de morir flaqueaba y el mas humilde de los mártires cristianos, que en las garras de las fieras cobraba nuevas fuerzas!

Qué diferencia del mas elocuente orador del paganismo que sabia moral y era profundo en derecho lo que no obstó para que repudiase á su esposa sin causa justificada, y el menos erudito de los discipulos de la nueva escuela que aconsejaba la indisolubilidad del matrimonio!

Pero los hombres no podian sufrir que esas puras ideas se propagasen: para los Césares era intolerable una doctrina que proclamaba la igualdad de los hombres; para aquellos terribles amos que mandaban arrojar al vivero de los peces un esclavo por haber tosido delante de ellos, era insoportable tambien una religion que decia todos los hombres son libres; para el pueblo era doloroso se permitiera una doctrina que enérgicamente condenaba la prostitucion y el vicio; para el sacerdote pagano no se debia permitir se enseñase al pueblo esta sensible máxima— no hay mas

que un Dios—para el gobernador de una provincia y para el publicano, merecia pena de muerte quien no santificase el robo. ¿Qué haremos, se dijeron, para hacer desaparecer la nueva creencia? Somos impotentes y no podemos detener su propaganda santa.

Entónces se tiraron aquellos decretos sanguinarios y empezaron aquellas persecuciones horribles que pusieron à prueba el cristianismo.

No habia medio, dice un escritor moderno, para que los cristianos se librasen de la persecucion; si se congregaban à la luz del dia con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo al hacha del verdugo se refugiaban en las oscuras catacumbas, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligia una hambre al imperio ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos gritaba el Emperador, y el pueblo entónces decia: cristianos à las hogueras.

¿Sobrevenia una guerra, se declaraba un incendio? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho, y el Emperador ordenaba: cristianos à los leones.

Y las arenas del circo estaban empapadas con la sangre de inocentes niños y de ancianos achacosos.

Pero es envalde que las turbas sedientas de venganza levanten su voz para pedir que se arrojen à la hoguera los cristianos; de la sangre de los mártires brotarán nuevos mártires; se acerca la última noche del paganismo.

Poco à poco fueron las máximas cristianas penetrando primero en el pueblo, despues en las academias, compararon los sábios las doctrinas que los filósofos habian proclamado y las encontraron débiles al lado del Evangelio; entónces abandonaron sus antiguas creencias para hacerse apóstoles de la nueva idea y los hombres ilustrados continuaron la obra à que se habian dedicado los pescadores del lago de Tiberiada. Sin embargo en la época moderna se ha suscitado una cuestion; se ha dicho, el cristianismo es cierto hizo mucho à la humanidad, pero la sociedad de hoy no necesita del Evangelio para marchar.

A esta objecion contestaremos diciendo que un código que ha tenido la alta gloria de regenerar à la humanidad, cuando se habia prostituido, un código que proclama la justicia, el amor à sus semejantes, la confraternidad de los pueblos y ordena seamos tan perfectos como Dios, no

puede haber hecho su tiempo muy al contrario, él durará hasta, la consumacion de los siglos porque es tan eterno como su autor.

Hé dicho.

LA CAJA DE PLATA

CUENTO FANTÁSTICO

POR A. DUMAS, (hijo)

TRADUCIDO LITERALMENTE DEL FRANCÉS PARA LA SEÑORITA

V.... E....

(Conclusion)

—Gracias, caballero, por el interes que tomáis en mi reposo, en mi felicidad y por los medios que habeis encontrado para asegurarla. Esto me lisonjea, tanto mas, cuanto que ciertamente no habeis hecho por nadie lo que haceis por mí. La verdad es que habria querido triunfar de vuestra indiferencia, pero no por una simple satisfaccion de amor propio. Sin vanidad, me creo mas arriba que tan mezquinas ambiciones. Es del carácter de la mujer el esponerse en luchas como la que he venido á buscar aquí. Pero tenia una razon seria, queria persuadir vuestra incredulidad y hacer estensiva hasta mí, la felicidad que intentaba haceros conocer. A esto llamais egoismo, sea! Os diré, sin embargo, que el sentimiento que me habeis inspirado, nacido rápidamente y á mi pesar, es mas noble y mas elevado. Es el sentimiento que inspira siempre á una mujer el espectáculo de un valor como el que habeis dado prueba, la comunicacion de una inteligencia como la que habeis mostrado, aun cuando ese valor sea el resultado de la falta de corazon, y aun cuando esa inteligencia no se ocupe de sostener sofismas misantrópicos. No amo á M. de Montidi, no le amaré jamás; nunca se me ocurrió que me amase. En cuanto á vos, caballero, algun dia cambiareis de ideas. Ereis demasiado jóven para conservar eternamente la insensibilidad de que haceis alarde. El alma tiene sus estaciones y no puede marchitarse antes de haber dado flores; nada puede morir donde nada ha vivido. Amareis, lo espero y os lo desco. Quiera Dios que la mujer que opere tan milagrosa trans-

formacion sea digna de ser amada y no os haga conocer la indiferencia! Os doy las gracias por mis pobres, que algo han ganado con esta visita. Adios, caballero, sed feliz, sea cual fuere vuestro modo de comprender la felicidad.

Mme. d'Ange, estendió la mano á M. d'Ilo, y antes que hubiera tenido tiempo de contestarle, habia abandonado la casa.

Dos horas despues de esta conversacion, el caballero pensativo, permanecia aun, sentado cerca del fuego.

Las palabras que acababa de oir jiraban alrededor de su cabeza, como esos moscardones de vuelo circular que se sienten pero que no se pueden tomar. En efecto, encontraba un nuevo sentido á esas palabras, pero le hubiera sido imposible fijarlas en su imaginacion y analizarlas completamente. Le faltaba para hacer la verdadera traduccion, la inteligencia que solo el corazon puede dar, Pero lo cierto es, que al retirarse la baronesa, habia dejado en él algo extraordinario, como jérmen que cayendo en tierra inculta, tratase de producir, removiéndola al efecto, aunque inútilmente.

M. d'Ilo salió de su casa; se hubiera dicho que necesitaba distraerse. Fué á ver á Julien, á quien, él, escéptico, no tuvo valor para anunciarle que Mme. d'Ange no le amaria jamás; fué á ver á Valentin; y él, el indiferente, buscaba en el camino palabras para consolarlo.

Cuál no fué el asombro de este hombre á quien nada conmovia, cuando al entrar en la antecámara de Valentin, sintió cantos, risas y choques de vasos.

—No es ya aquí donde habita M. Valentin? preguntó al sirviente.

—Sí señor.

—Quién hace ese ruido?

—El y sus amigos.

—No tenia un gran pesar?

—Sí señor, ayer.

—Ayer, repitió el caballero, mirando al hombre que le daba tal respuesta, y cuya última palabra encerraba una biblioteca de filosofía. Ayer! Qué es pues el dolor si sucumbe entre ayer y hoy. Y se alejó.

—El señor no entra?

—No, no me he alegrado bastante de la desgracia de vuestro amo.

M. d'Ilo se volvió á su casa. En el estado indescriptible en que se

hallaba, la soledad le pareció lo mas apetecible. Se encerró y dió órden de que nadie entrase; se puso á leer. Pasó una parte de la noche en el silencio de una meditacion cuya causa y fin se aproximaban á cada momento palpables y visibles, como las apariciones fantasmagóricas con que se entretiene á los niños; pero alejándose como ellas, y volviendo á las tinieblas, cuando la imaginacion del caballero trataba de detenerlas. Al amanecer del dia siguiente se hallaba despierto, él, que siempre dormia hasta las diez; y como el sol se elevaba rojo y dorado en un cielo transparente como el cristal azul, bajó al jardin para respirar la brisa matutina y mezclar un poco de aquella fresca naturaleza, á un sueño completamente diferente del de la noche anterior; sueño durante el cual, se le habia aparecido varias veces, la dulce fisonomia de la bronesa. El caballero dió dos ó tres vueltas por el jardin, pero evitando mirar constantemente, hácia el paraje en que su corazon estaba enterrado. Sentia algo irresistible que lo impelia á aquel paraje, pero luchaba antes de rendirse. La desolacion del invierno continuaba; ni un átomo de nueva vejetacion en aquel desolado jardin. M. d'Ilo se sentó un instante en un banco de verde musgo en otro tiempo, pero seco ya. Dejó vagar su mirada á su alrededor. La casualidad sabia bien lo que hacia; la mirada del jóven despues de haberse fijado indistintamente en algunos árboles, se paró en una mata de yerba verde algo claro, vejetacion conocida únicamente en la primavera, salpicada de pequeñas florecillas blancas y rosadas, nacidas el dia anterior y ajitadas lijeramente por el viento de invierno.

Escurioso exclamó, M. d'Ilo, y caminó en direccion á aquellas flores.

En el paraje en que habian nacido, la tierra habia sido removida. En una palabra, aquellas flores habian nacido y abierto encima del cofre que contenia el corazon del caballero, y cuando se aproximó, un pajarillo se puso á cantar, sin asustarse de la presencia de un hombre.

Le pareció á M. d'Ilo, que la tierra jiraba á su alrededor. No tenia conciencia de haber visto, ni de haber oido; se pasó la mano por los ojos y volvió á mirar.

Las flores permanecian siempre allí, y eran las únicas del jardin.

El caballero se inclinó hácia ellas y vió distintamente una gota de rocío pura como un brillante. ¿Porqué aquella gota de agua, le trajo á la memoria la lágrima que habia humedecido los ojos de la baronesa? No sabríamos decirlo, por que lo que sabemos es que M. d'Ilo se arrodilló, las tomó con precaucion, las colocó en su mano con el mayor cuidado, para no dejarlas perder ni un átomo de su perfume y brillantez y encerrándola en una cajita esmaltada, la puso bajo un sobre y la mandó de su parte á la baronesa, exclamando:

—Pobre mujer! bien las merece.

La baronesa le contestó:

Venid á verme inmediatamente, caballero, para esplicarme lo que significa vuestro recuerdo. Temo engañarme si creo lo que me dice el corazon.

Media hora despues, M. d'Ilo, estaba en casa de la baronesa.

—Vos me habeis enviado estas flores?

—Sí, baronesa.

—Y porqué?

—Por que tengo la idea de que les habeis dado el ser.

—Cómo asi?

—Con vuestras palabras de ayer, con la lágrima que habeis deramado.

—Dónde han nacido?

El caballero le contó todo lo que habia pasado en los dos dias.

La baronesa dió un grito de alegría.

—Es un consejo de la providencia, caballero; ya veis que algo puede germinar en el corazon mas aislado, en el mas árido. en el mas endurecido. Estas flores, nacidas de tal manera, son visiblemente el emblema de las felicidades que pueden aun florecer en vuestro corazon. Vamos, valor caballero, ereisjóven. Era acaso necesario por un dolor que habeis sufrido enterrar vuestra juventud? Hay dicha en la vida; volved á tomar vuestro corazon, creed, amad, sereis feliz, yo os lo digo, yo soy la que me encargo de ello, quereis? Desde ayer ereis otro hombre, vos lo habeis dicho; es la necesidad de llorar, de reir, de sufrir y de estar contento como los demás que se apodera de vos; es, en fin, la necesidad de vivir en las condiciones humanas que Dios, tarde ó temprano, nos castiga por haber querido evitar. Veamos

amigo, creedme; ¿qué interes podria tener en engañaros? ¿Qué es menester decirnos? Yo os amo! Es bastante? Volved á tomar vuestro corazon y vereis como la expresion os hará dichoso; por que soy jóven, soy bella y realmente os amo.

El caballero estaba como aturdido; pero lo que hay de cierto, es que la baronesa disponia ya de la mayor parte de su voluntad.

—No son las flores lo que es necesario tomar, le dijo; es preciso que vuestro corazon vuelva á su lugar. Id, aquí os espero rogando. Volved á decirme que me amais, y el porvenir es nuestro.

Con la vista dilatada, ajitada por contorsiones nerviosas, el caballero salió de casa de la baronesa y se dirigió á la suya. Llegado al jardin ordenó que le dejaran solo, y se puso á cavar la tierra con sus manos, hasta que tocaron el cofre. Entonces lo tomó, se dirigió á su cuarto, y lo consideró largo tiempo sin atreverse á destaparlo. En fin, hizo saltar la tapa, y rasgándose el pecho con sus manos febricantes, se hundió en él su corazon, exclamando:

Entra pues en mi seno, puesto que ella lo quiere!

El sacudimiento fué rarísimo, y el jóven apenas tuvo tiempo de oprimirse el pecho con sus manos, para impedir que su corazon se le escapase; un instante despues, le pareció que todo cambiaba de aspecto. Se puso á reir con risa nerviosa, sus ojos se llenaron abundantemente de lágrimas, que corrian como el agua de una fuente. Creyó morir. No tuvo mas tiempo que para abrir la puerta y llamar á su criado, que acudió en seguida.

—Qué os sucede, señor? preguntó aquel hombre al ver el estado en que se encontraba su amo.

—Nada, amigo mio, sino que soy feliz! Tú me quieres, no es verdad?

—Sí señor.

—Me amas?

—El señor lo sabe perfectamente.

—Es que, dijo M. d'Ilo respirando penosamente, amo á todo el mundo.

Y tomando al criado en sus brazos lo estrechó con todas sus fuerzas.

—Qué agradable es abrazar! exclamó.

— Pero Señor, habeis perdido la cabeza?

— No, he vuelto à encontrar mi corazon.

En seguida el caballero dejó su habitacion, y echó á correr como un colegial, por el camino que conducia á casa de la baronesa.

El criado, no comprendiendo lo que pasaba y temiendo que le sucediese alguna desgracia, lo siguió; pero por mas que corria, su amo corria mas que él.

Llegado á cien pasos de casa de Mme. d'Ange, nuestro hèreo se encontró con una reunion de comadres en conmocion que impedian el paso. En medio de la reunion habia un carruage parado y dos voces dominaban el ruido general.

— Es vuestra culpa, ereis un bestia, decia una voz llorosa de mujer vieja.

— Si lo hubieseis dejado en vuestra casa, respondia el cochero.

— Qué sucede? preguntó el caballero con interés.

— Es ese patan que ha deshecho la pata de mi perro, respondió la vieja, mostrando al mismo tiempo á M. d'Ilo el perro que tenia en sus brazos, y chillaba apesar de las caricias que le hacia. La pata del pobre animal pendia toda ensangretada.

A esta vista, el caballero empalideció arrojó un gran grito y cayó para atrás.

Se habia desmayado.

Llegó su criado á sostenerlo al mismo tiempo que caia, y le hizo transportar à su casa, sin que volviese en sí.

Mandó buscar al médico, el que habiendo examinado al enfermo, meneó significativamente la cabeza.

Apenas volvió á abrir los ojos el caballero, ordenó que fuesen á buscarle á la baronesa. El médico habia oido esta órden.

— Qué os ha sucedido?—preguntó al enfermo.

M. d'Ilo le refirió, cómo habiendo visto un perro herido, se habia sentido mal.

— Nada mas?

— No.

— En dónde sentís dolor?

— En el corazon.

— Sin duda sois muy sensible?

—Así parece. Estaría acaso enfermo de peligro.

—No. Quién es la persona á quien esperais?

—Una mujer.

—¿quien amais?

—Oh! sí doctor!

—Está bien. Descansad un poco hasta que llegue. El médico dejó la estancia y se puso á esperar en la sala por donde debia pasar la baronesa. Apareció ella muy pálida y ajitada.

—Qué pasa? preguntó.

—Señora, amais al caballero! le dijo el doctor.

—Sí señor.

—Le conoceis hace mucho tiempo?

—Por qué mé haceis esa pregunta?

—Es porque debe haber habido en la vida del caballero algun acontecimiento extraordinario. La vista de un perro herido, por mas sensible que uno sea, no causa ordinariamente una enfermedad, como la de que acaba de ser atacado.

—Está, pues, muy enfermo?

—Respondedme, señora. Sabeis alguna particularidad de la vida de M. d'Ilo.

—Sí señor.

Y aquí la baronesa, refirió algunos rasgos de la historia del caballero.

—Pues bien, señora, dijo el doctor con voz grave, no puedo dejaros entrar al cuarto del caballero.

—Por qué? Gran Dios!

—Porque ese M. Valentin le ha devuelto, es cierto, su corazon, pero se lo ha devuelto en el estado de un corazon que ha sufrido mucho.

El caballero tiene una aneurisina, y la primer emocion que sufra, lo matará inmediatamente.

—Dios mio, estoy maldita! exclamó la baronesa.

En este momento oyó la voz debilitada del enfermo que decia:

—Estais ahí, baronesa, os he oido! Venid os lo ruego.

No hay fuerzas humanas que puedan detener á una muger que se oye llamar por el hombre amado.

Abrió la puerta y corrió al lecho del enfermo.

El caballero estendió los brazos hácia ella, exclamando :

—Cuán buena sois ! luego se iluminó su fisonomía con una sonrisa celestial, y dejó caer la cabeza sobre la almohada con un suspiro de gozo inefable, murmurando: Pobre perrito !

—Qué os habia dicho, Señora ! dijo el doctor, colocando la mano de la baronesa sobre corazon del caballero.

En efecto, este corazon extraño habia dejado de latir, y sin embargo se hubiera dicho que dormia, tal era la calma de su fisonomía que irradiaba de dicha y felicidad.

Hoy es ya la baronesa, una anciana con cabellos blancos, algun tanto paralítica, pero graciosa aun y que al mostrar en una caja de plata algunas flores secas, refiere á quien quiere oirla, la historia que acabais de leer. Cie to es que se la cree algo loca á esta pobre baronesa. Esta locura data, segun se dice, desde su juventud, ocasionada por un gran dolor moral. Como complemento á esta historia, que cuenta con la mayor lucidez, agrega las siguientes palabras :

—Así suceder á álos que pretendan alterar el órden de la naturaleza invirtiendo la voluntad de Dios. Si Dios hubiese creído que los hombres debieran tener dos corazones ó ninguno, lo hubiera hecho tan fácilmente como les dió uno. Lo que Dios hace está bien hecho.

Lo que me parece demasiado cuerdo para una loca.

Seccion poética

Fragmentos

El dolor tiene lazos mas estrechos que la
felicidad, para unir dos corazones.

Lamartine.

¿ Cómo quieres que borre de mi mente,
Esos recuerdos del primer amor,
Si estoy leyendo en tu espaciosa frente
Esta muger para sufrir nació?

¿ Cómo quieres vision fascinadora
Que vaya á sepultar en el olvido,
Mi primera ilusion, si de cada hora,
Existe un sentimiento suspendido ?

¿Cómo pudiste créer, que mi esperanza
Podía disiparse en un momento,
Cuando el humano corazón, no alcanza
A medir la estension de su tormento?

¿Tú no sabes que á veces los mortales
Conseguimos amor con tal delirio,
Que hasta ustedes; las almas celestiales
Participan tambien de este martirio?

¿Tú no sabes, mi bien, que la ilusion,
Reside largo tiempo en la memoria,
Y que no hay en la tierra, un corazón
Que no empape con lágrimas su historia?

¿Y eres tú la infeliz Sacerdotisa,
Que al traves de una célica sonrisa
Contempla la tormenta sin igual;
Ese ángel que agotando su existencia,
En medio de una helada indiferencia
Desprecia la miseria terrenal. . . . ?

Eres sí, bien lo sé, y bien lo siento
La estatua de ese amargo sufrimiento
En forma misteriosa de muger,
¡Y veo que á pesar de amarte tanto
No puedo, criatura, de tu llanto,
Esa intensa amargura recojer. . . . !

Sé que tienes la vida envenenada,
Y que existe marchita y deshojada,
La flor de tu lozana juventud ;
Sé mas, y te prometo aunque no quieras,
Sepultar en las olas pasajeras
A imitacion del Tasso, mi laúd.

Teófilo Martínez.

Cascabeles

A última hora hemos recibido un artículo de nuestro amigo el Sr. D. F. A. Berra sobre una obra del Sr. Giralt titulada : *Elementos de Moral*. Estando ya lleno el periódico, nos hemos visto precisados á suspender la publicacion de dicho artículo hasta el número próximo.

En Nueva Palmira ha aparecido un periódico semanal redactado y dirigido por el ilustrado Sr. D. Juan de Cominges.

Saludamos al nuevo colega.

Prevenimos á nuestros suscritores, que desde el próximo mes no deberán pagar todo recibo que no lleve el sello de esta administracion.

En el próximo número daremos comienzo á la publicacion de una interesante carta que desde las lomas del Yi nos dirige un inteligente amigo y colaborador de este periódico.

Balada

— Virgen de cabellos de oro

y lábios de rosicler,

por qué del dolor la nube?

¿Acaso ingrato mancebo

te ha sido, en amor, infiel

y tus encantos olvida

en brazos de otra mujer?

¿Por qué en hilos de albas perlas

el llanto riega tu tez

y tus ojos azulados

sin brillo y sin luz se ven?

— ¡ Oh ! callad, buen caballero,

que si llorando me veis

y brotan tiernos suspiros

de mis lábios de clavel,

no los arranca el recuerdo

de ningun mancebo infiel.....

es que me duelen los callos

y temo que vá á llover.